

LIBERTAD DE PRENSA . . . ¿PARA QUIEN?

La libertad de los medios de difusión es una libertad muy relativa y bueno es que no nos engañemos sobre este particular.

Los medios de difusión son libres, si expresan las ideas y defienden por igual los intereses de todos los grupos sociales. Cuando sólo defienden los intereses de un grupo o expresan las ideas de sólo un sector, están bajo el dominio o hegemonía de ese sector o grupo; no son libres.

Ahora bien, los medios de difusión: prensa, radio y televisión son empresas comerciales y por eso mismo no son libres. Teóricamente pudieran ser libres, aun siendo comerciales, si todos los sectores sociales, grupos de presión, colectividades de intereses, etc., tuvieran el mismo poder adquisitivo y todos pudieran comprar las páginas de los periódicos, los espacios de radio y el tiempo en la televisión. Con mayor razón, si los diversos grupos sociales tuvieran sus propios medios de expresión en igualdad de condiciones, como sucede en algunos —aunque no muchos— países.

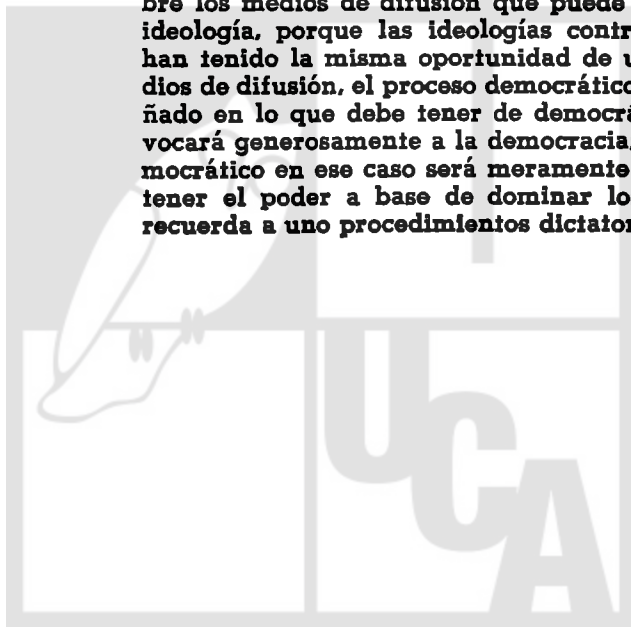
Aquí no sucede esto. Todos los grupos de presión no tienen el mismo volumen de recursos. El que más tiene puede comprar más espacio y más tiempo, puede expresar mejor sus ideas y defender más eficazmente sus intereses.

Esto no es una acusación; es simplemente un análisis de la realidad nacional. En una sociedad, que acepta la libre empresa y el motivo de lucro en la industria de medios de difusión, es inevitable que obtenga más difusión el que más poder de comprar tenga, como sucede en cualquier otro mercado.

Editoriales

Esto plantea un problema al Estado, custodio del bien común. En primer lugar debe procurar que el derecho a expresar sus ideas y defender sus intereses, que es igual para todo ciudadano, se ejerza de la manera más igual posible. Si la falta de poder de compra es el obstáculo para el ejercicio de este derecho, el Estado debe suplir con subvenciones y otros medios esta falta. El Estado podría tener una especie de Banco o Fondo de Espacio y Tiempo en los medios informativos, para ponerlo a disposición de los económicamente débiles, cuando éstos necesitan exponer sus ideas y defender sus intereses ante la opinión nacional.

Esta solución, u otra parecida, además de hacer justicia social, es indispensable para el proceso de formar una opinión política democráticamente. Si un grupo, sector o partido tiene tal dominio sobre los medios de difusión que puede imponer su ideología, porque las ideologías contrincantes no han tenido la misma oportunidad de usar los medios de difusión, el proceso democrático ha sido dañado en lo que debe tener de democrático. Se invocará generosamente a la democracia; pero lo democrático en ese caso será meramente formal; obtener el poder a base de dominar los medios le recuerda a uno procedimientos dictatoriales.



LOS EXTREMOS NO SE TOCAN

"El que no está conmigo está contra mí", dijo Cristo en el Evangelio. Lo dijo para indicar que El es la única salvación existente: la adhesión viva a Cristo es la única manera posible en este mundo de conseguir el estado final de perfeccionamiento y felicidad de la vida humana. No hay otra alternativa. Cristo, el Hijo de Dios, o nada.

Todos los movimientos mesiánicos y muy particularmente los mesianismos socio-económicos han pretendido para sí la prerrogativa de ser la única salvación posible, la única alternativa en su esfera. Esto es bastante lógico; quien se cree en posesión de la solución completa y definitiva tiene que pretender esa unicidad tajante. Si alguien se cree un mesías, tiene lógicamente que creer que quien no está con él está contra él.

Los fanáticos tienen sicología de mesías y los grupos sociales de tendencias fanáticas también. Los extremistas políticos, en cuanto son fanáticos, tienen reflejos mesiánicos. Uno de ellos es recitar a pleno pulmón: "Quien no está conmigo está contra mí".

Si siempre es una calamidad pública la existencia de un grupo extremista, la situación se complica cuando hay varios extremos —en la escala social suelen contarse dos— con ínfulas mesiánicas.

El problema que los extremistas crean a la sociedad es que, en sus esfuerzos por polarizar hacia los extremos la opinión y conducta del pueblo, amenazan —si no llegan ya a romper— el equilibrio social producido por la convivencia, la matización de ideas, fruto del diálogo, y el compromiso de intereses que resulta de las relaciones humanas. Estos equilibrios y compromisos, que dicta la vida,

Editoriales

tan implacable, y la naturaleza, tan recortada, del hombre, son aceptados en la práctica por el sentido común de la mayoría y no pocas veces se elevan a filosofía centrista en la convivencia política.

La gran astucia de los extremistas de ambos extremos es hacer creer al centro que no hay centro; que los extremos se tocan —en abierta agresión— y que entre los extremos no hay un continuo de posiciones intermedias.

Esto sucede entre nosotros en gran escala.

En cualquiera de los debates políticos a nivel nacional hay dos extremos claramente identificables, que exigen a la opinión pública— no con igualdad de medios y oportunidades— sumisión a sus consignas.

Los que no se identifican con un extremo son calificados de explotadores, lacayos imperialistas, vendidos al capital y otras cosas por el estilo. A los que no se identifican con el otro se les considera comunistas, tontos útiles, compañeros de viaje, etc., etc. Los que no están con ninguno de los dos y tienen el singular valor de proclamarlo abiertamente, reciben por igual los ataques de los mesías desairados. Eso hace que la "tierra de nadie" del centrismo se evite cuidadosamente, por lo menos en público, en contra del buen sentir común y popular, que hace al hombre ordinario hombre de centro.

Cada extremo teme más al centro que al extremo opuesto, porque el realismo y sentido político del centro destruye los fundamentos mismos de todo fanatismo, mientras que el mesianismo de un extremo justifica el mesianismo del otro. El fanático sabe que en definitiva ante el centro está perdido. Por eso lo ataca con saña.

Las armas que los extremos emplean para combatir y castigar al centro no son sólo la propaganda y la difamación: sus armas más eficaces son las económicas.

El extremo con poder económico propio trata primero de comprar al centro y, si fracasa, trata de asfixiarlo, dejando caer sobre las instituciones o iniciativas centristas el inmoderado peso de su poder económico. El otro extremo, en cuanto tiene poder indirecto sobre los recursos públicos, procede de la misma manera que su odiada contra-

Editoriales

parte y sabe usar la presión política —y a veces el chantage— para impedir que las iniciativas centristas prosperen.

El centro debe combatir los extremistas ideológicos o prácticos por el peligro que suponen al equilibrio social y a la convivencia política. Pero quizá, primero debe tomar conciencia de su identidad, su ideología y su poder para no caer en la trampa que masivamente le tienden los extremos. El centro debe convencerse que sus propios intereses económicos son distintos de los intereses de los extremos y que es falso hacerle creer que los intereses de cualquiera de los extremos son los intereses del todo social.

El centro debe reconocer su fuerza, fuerza numérica, intelectual y moral. Hay muchos ciudadanos que filosófica, sociológica y económicamente son centro, pero que temen pensar y actuar como centro porque se creen aislados. Sólo haría falta iluminar la noche en que vive el centrismo en nuestro país para ver que son una gran muchedumbre, hoy cohibida por los extremos, pero, a la larga, omnipotente.

